

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

6 de setiembre de 1890

Núm. 149



¡A VER SI PICAN!

UN RATO DE CHARLA

CADA día debe uno convencerse más de que España es un gran país. Los que tenemos la dicha de haber nacido aquí no sabemos la envidiable suerte que nos ha cabido en ello.

Por ejemplo: en las demás naciones de Europa la mortalidad de los soldados es escasisima. En Alemania no pasa *del tres por ciento*. Pues bien: esa mortalidad alcanza en nuestra dichosa España la cifra de un *trece por ciento*.

Lo cual es un grande apoyo en favor del servicio militar obligatorio.

Y en todo *brillamos* de igual manera.

Hay muchos que se enfadan cuando sale algún *quidam* que se permite no entusiasmarse; pero con decir que es un *mal patriota* se sale pronto del paso, añadiendo:—Somos los hijos de aquellos que en Otumba, Pavia, San Quintín... etc. etc.—; Ah! Y de los que sucumbieron gloriosamente en Trafalgar. (Generalmente la erudición de los declamadores no alcanza más acá, no citando Bailén, Zaragoza ó Gerona, que es quizás lo mejor de toda nuestra historia.)

Los extranjeros, envidiosos de nuestras glorias, así terrenales como subterráneas, fluviales, marítimas, submarítimas, aéreas y coreográficas, se vengan de nosotros insultándonos, como ha hecho recientemente el *British Medical Journal* al llamar *manicomios africanos* á nuestras excelentes, deliciosísimas y nunca bien ponderadas casas de orates.

Este es un país paradisiaco, sí, señor. Y, si no, ¿qué nación se *entusiasma* tanto como nosotros? ¿En qué otra parte del mundo se conjuga tanto el verbo *entusiasmarse*? ¿Si pasamos de un entusiasmo á otro que parece que vuela el tiempo! Así es que no tiene nada de extraño que no tengamos vagar para nada, ocupados siempre en eso de los entusiasmos. Otra cosa, sin salirnos del ramo entusiástico: ¿en qué país se mata más gente que en España por un quitame allá esas pajas? Esos incivilizados alemanes, ingleses, rusos, yankees, beduinos, etc., etc., dirimen sus querellas de taberna á trompis; pero eso es indigno y hace poco favor á la legitimidad del alcohol amilico consumido: aquí nos valemos de la valiente faca. La prensa se honra á sí misma y honra á la noble España con la sección intitulada *El crimen de ayer*.

Los médicos, como ya es sabido, *cobran diez duros* por cada enfermo que matan del cólera. Se supone que es cosa de Inglaterra, como no sea del sultán de Marruecos. El pueblo lo sabe... y ya sabéis también vosotros lo que hace el pueblo, justamente indignado por lo de las cincuenta pesetas.

Ahora vamos á asombrar á Europa con el sufragio universal. Las leyes que harán esas Cortes sufragiadas serán tan asombrosas que España va á convertirse en un edén nada más que con un par de meses.

El otro día (para que se vea la inquina que nos tienen los franceses) se presentan en San Sebastián una turba de *felibres* acaudillados por el diputado Enrique Fouquier, van á la corrida de toros, y sale al otro día Anatolio France diciendo que jamás, por todos los siglos de los siglos, se sufrirá en París un espectáculo como aquel. ¡No quisieron entusiasmarse á pesar de haber visto á no sé qué espada matar al toro *por todo lo alto, en los mismos rubios* (sic).

Pues bien: que nos dejen en paz. Somos los descendientes de Pelayo, del Cid, de Gonzalo de Córdoba y de otros varios personajes, y siempre recordaremos con orgullo que hubo un tiempo en que no se ponía el sol en los dominios españoles, y recordaremos... ¡pues no podríamos recordar pocas cosas! En cuanto á hoy, á nadie se le importa que la criminalidad contra personas resulte verdaderamente salvaje y que se mueran en nuestros magníficos hospitales militares el trece por ciento de soldados: eso es cuenta nuestra; y por lo que hace á mañana... pues por lo que hace á mañana, ya se sabe, Dios dirá.

Entretanto, viva la *libertá*, adelante con los faroles y bien se está San Pedro en Roma.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LOS ESPECTROS DE LA LUZ ELÉCTRICA

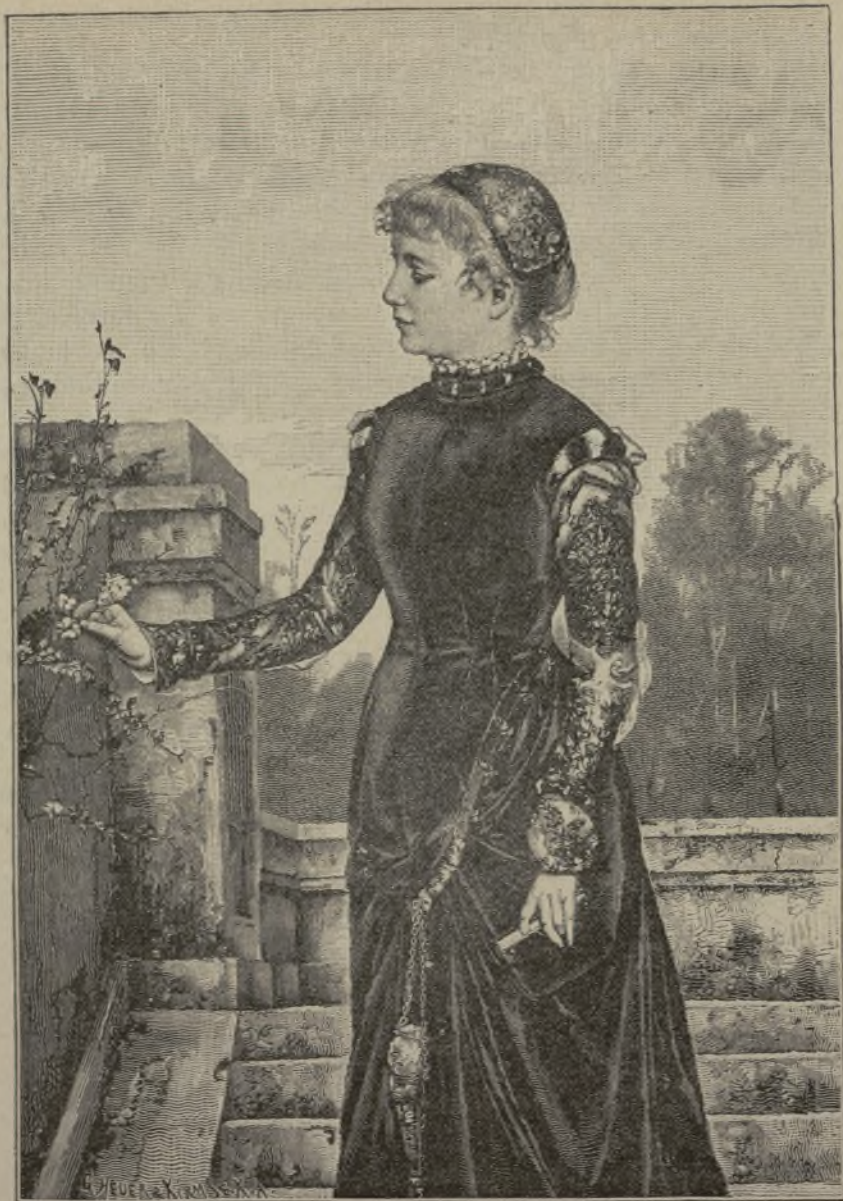
LAS primeras observaciones de las rayas del espectro solar datan del año 1802, habiendo sido Wollaston el que las descubrió. El mismo físico observó la luz de una bujía que le parecía dividida en cinco imágenes de colores diferentes, separados por intervalos oscuros, y notó además una división análoga, aunque algo distinta, en una línea azul de la luz eléctrica. Fraunhofer estudió esta luz, en la cual distinguió muchas rayas brillantes, y en especial una verde, otra en el anaranjado, un poco más débil que la primera, y en el extremo rojo del espectro otra raya todavía más débil.

A la sazón no se sabía qué interpretación dar á la presencia de estas líneas en los espectros de las luces, y lo mismo á las líneas oscuras que á las rayas brillantes observadas en los varios focos. Pero ahora sabemos ya que el descubrimiento de la inversión de las rayas, hecho por Foucault, seguido poco después de los notables trabajos de otro célebre físico, ha allanado el camino para establecer un nuevo método de análisis, merced al cual se pueden conocer las sustancias cuya incandescencia produce la luz analizada, por el número, posición y naturaleza de las líneas espectrales.

Con este objeto se han hecho numerosas investigaciones sobre la composición de las luces eléctricas, lo mismo sobre la chispa de electricidad estática que sobre la de inducción, y así por lo que se refiere al arco voltaico como por lo que toca á los fulgores observados en los gases enrarecidos. Procuraremos dar una idea de ellas.

Ya en 1835 había estudiado Wheatstone los espectros de la luz eléctrica. Observando con un telescopio la luz producida por una maquinita magnoelectrica, vió que el espectro de la chispa sacada del mercurio contenía siete bandas luminosas, separadas por espacios oscuros: dos bandas en el anaranjado, una verde brillante, dos verdeazuladas y una morada. Variando la clase de los metales que servían de electrodos y entre los cuales saltaba la chispa, vió que con ellos variaban también el número y posición de las rayas observadas. La influencia del medio le pareció nula, siendo los resultados los mismos, ya estallara la chispa en el aire, ya en el vacío barométrico, ó bien en el ácido carbónico ó en el oxígeno. La influencia de los metales en las rayas es tan marcada que, habiendo puesto Wheatstone por electrodos alambres compuestos de diferentes aleaciones, reconoció en el espectro de la chispa resultante las líneas brillantes de los dos metales que formaban la aleación.

Si los extremos de los electrodos están muy próximos y la chispa es corta, predominan las rayas del metal, aunque no desaparecen las del medio. Cuanto más larga es la chispa tanto más se debilitan las primeras, dejando entonces que predominen las rayas del medio ambiente.



Dama antigua

Algunos físicos han estudiado también el espectro del arco voltaico. En general, las rayas observadas son las mismas que las de la chispa para los mismos electrodos; pero son menos numerosos en el espectro del arco, lo cual se atribuye á la menor tensión eléctrica que le da origen, considerándolo formado de una serie de chispas menos vivas que la ordinaria. Hé aquí algunos

detalles sobre la naturaleza de los espectros eléctricos dados por diferentes metales empleados como electrodos.

Con el cadmio el espectro da rayas azules y verdes muy brillantes. El antimonio da un gran número de rayas brillantes, pero sin que predomine ningún color, lo cual explica la blancura de la chispa. Otro tanto sucede con el bismuto. El espectro obtenido con el plomo es notable por la extensión de la región del morado, en el cual se distinguen hermosas rayas. Una banda verde manzana caracteriza el espectro del zinc. El de la plata es muy brillante en el verde, en el cual se ven muchas rayas. El amarillo y el morado son particularmente luminosos en el espectro de la chispa que estalla entre electrodos de oro. El hierro, el platino y el estaño no ofrecen nada de particular. Por último, los electrodos de carbón dan una luz cuyo espectro se distingue por una multitud de rayas brillantes.

Hemos dicho que las rayas de los metales son las mismas en el arco voltaico que en la chispa. Pero hay entre ellas una diferencia notada por Masson y confirmada por los experimentos de Van der Villingen; y es que la influencia del medio ambiente no modifica el espectro del arco, al paso que éste, según hemos visto, agrega sus rayas específicas á las de los metales que le sirven de electrodos.

Terminaremos haciendo una observación general sobre los espectros de la luz eléctrica, y es que todos ellos se caracterizan por la grande extensión y por la intensidad de la región ultramorada, ó, lo que es lo mismo, que son muy abundantes en rayos químicos.

BENJAMÍN

EL PECECILLO

(Á MI AMIGO D. ANTONIO RODRÍGUEZ Y GORDÓN)

Nacido en un arroyuelo,
un pececillo creció,
y alegre y feliz vivió,
siendo el agua su consuelo.

Una vez quiso salir
á gozar del aire puro,
sin pensar que de seguro
iba en el aire á morir.

El arroyo, que era anciano,
estas palabras le dijo:
—De mí no te vayas, hijo;—
consejo que le dió en vano.

La primavera llegó,
siguió el agua su corriente,
y el pececillo inocente
del arroyuelo salió.

Por gozar llegó á morir
revolcándose en el cieno,
que creía lugar ameno,
después de mucho sufrir.

Niños hallaréis tal vez
que por no escuchar de un viejo
el profético consejo
les suceda lo que al pez.

J. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

EL TRABAJO

TRABAJAR con honradez y en cosas que sean lícitas, es, además de una virtud, un imperioso deber del hombre, lo mismo del pobre que del rico, del grande que del pequeño.

Nació el hombre para trabajar como el pájaro para volar, dicen las Sagradas Escrituras; y con ello declaran que el trabajo es no sólo un deber, sino al propio tiempo una necesidad de nuestra existencia.

Es, por esto, el trabajo, como la gran ley de la vida. Representa el hecho grandioso de la actividad, sin la que no se explicaría nada de lo que á nuestro alrededor sucede, ni nuestra vida misma.

Todo en la Naturaleza es actividad, movimiento, trabajo.

La germinación de las semillas hasta convertirse en plantas, el crecimiento y florescencia de éstas, la circulación de la savia en el mundo vegetal y de la sangre por el cuerpo humano, los movimientos combinados y armoniosos de los planetas, la vida, en fin, que se revela en el Universo; todo implica actividad, todo supone trabajo.

Mediante el trabajo realiza el hombre su existencia y provee á todas sus necesidades. Trabajando, ora con las manos, ora con la inteligencia, expresa cada cual, no sólo lo que es, sino lo que vale y lo de que es capaz. Así, pues, cabe decir que el hombre que no trabaja es como el árbol que no da frutos.

Mediante el trabajo, que á todos obliga, puesto que es un deber moral que tenemos para con nosotros y para con los demás, dignifica el hombre su vida y hermosa, fecunda y santifica la tierra.

Concretándonos á lo primero, observad, mis pequeños lectores, que sólo con el trabajo podemos satisfacer nuestras necesidades y que sólo mediante él podemos conseguir esto de una manera honrada y digna. El que no trabaja está muy expuesto á valerse de medios ilícitos ó reprobados, de malas artes, con el objeto de proporcionarse los recursos que necesita para vivir.

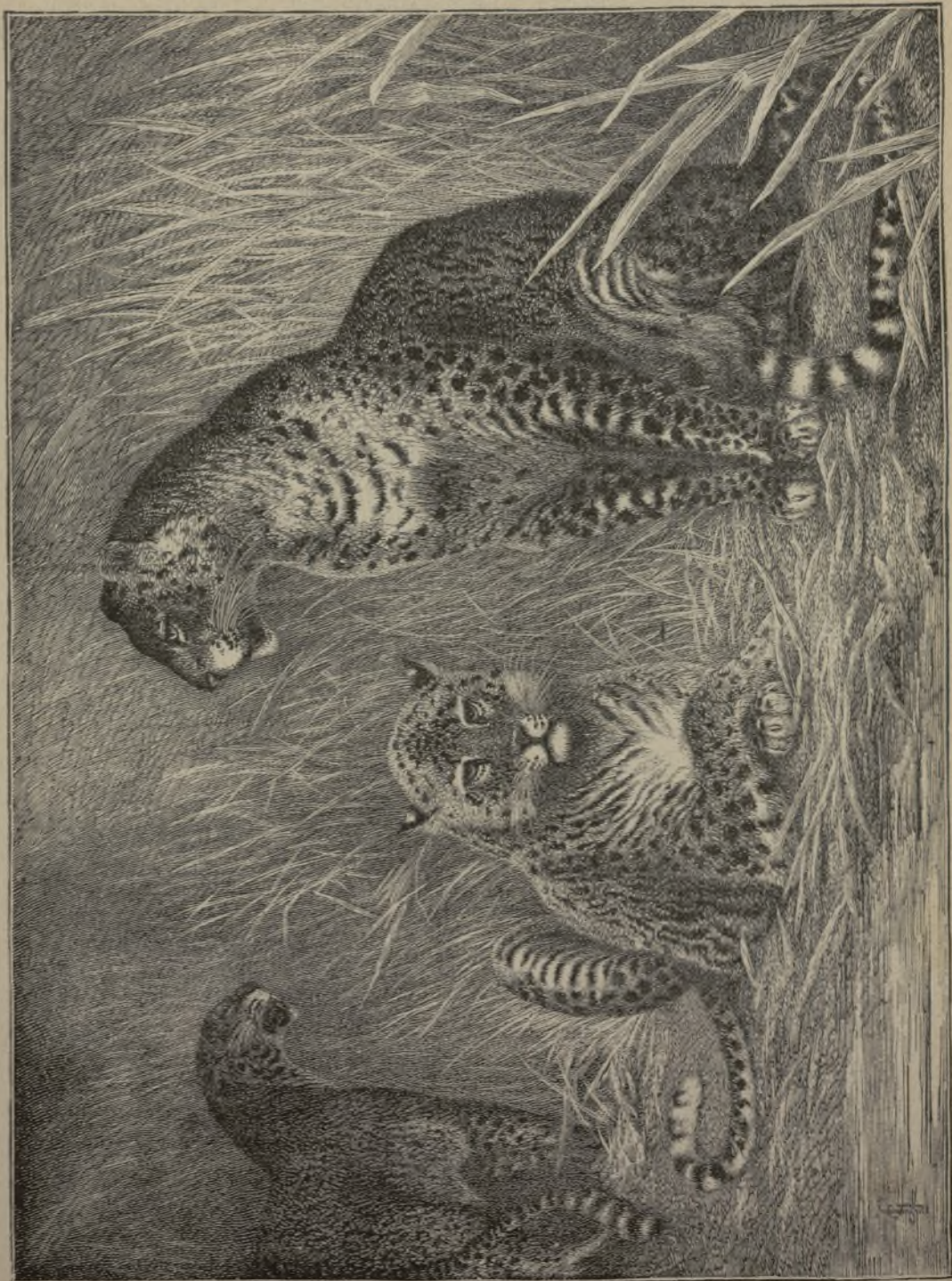
Por otra parte, los que contraen el hábito de no trabajar se hacen holgazanes, ociosos, y, como diariamente se repite, *la ociosidad es escuela de malicia y madre de todos los vicios*. Porque quien en ningún trabajo lícito y continuo se ocupa tiene más libre la mente para pensar en cosas malas, á las que le arrastra además la precisión que tiene de procurarse el sustento y de satisfacer las necesidades que la misma ociosidad engendra.

Por eso se observa que de los vagos ú ociosos de oficio sale la mayoría de los hombres malos, de los criminales, y que los niños holgazanes son los que menos aprenden en las escuelas y los que peor se portan en todas partes y con todas las personas.

Cuando la actividad natural del hombre no se halla ocupada en algo útil y bueno, estamos muy expuestos á seguir las indicaciones de los instintos, los

La paciencia del fuerte





Familia de tigres

halagos de los sentidos y los caprichos y desvaríos de la imaginación, que nunca está parada, y á encadenar la voluntad.

El artesano que no va al taller, frecuente, más que el que asiste á él, las tabernas, las casas de juego y otros lugares que son focos de maldad. Algo análogo sucede al niño que no va á la escuela, que se ocupa en cosas que no son buenas y contrae malas compañías más fácilmente que el que asiste con puntualidad á las clases.

De aquí que se diga que *el trabajo es uno de los más celosos custodios de la moralidad*, y que debamos aconsejar á los niños que *no permanezcan ociosos si quieren ser buenos*.

No olvidéis, queridos lectores, este dicho del Apóstol: «El que no quiera trabajar no debe comer.»

Todos debemos trabajar, no sólo por lo dicho, sino porque la armonía y el concierto de la vida requieren el trabajo de todos. Si los demás no trabajaran no podríamos ni alimentarnos, ni vestirnos, ni educarnos, ni disfrutar las comodidades de la casa, ni sentir los dulces placeres que el alma recibe con la lectura de los buenos libros ó la contemplación de los espectáculos honestos, que son obra de la inteligencia humana. Sin el trabajo de todos y cada uno, sería la vida insoportable, pesada carga, cuando no completamente imposible de soportar.

Necesidad, deber y virtud, es el trabajo como la fuente fecundante y animadora de la vida, á la vez que el gran regulador del bienestar y la moralidad de los individuos, las familias y los pueblos.

Claro es que para que así sea necesita el trabajo reunir determinadas condiciones en sí, en la manera de practicarlo y en los fines con que se realice.

Aparte de la condición de inteligencia, que hace que el trabajo sea mejor, más productivo al que lo desempeña, precisa que las ocupaciones á que cada cual se entregue sean lícitas, honestas, no contrarias al bien. Los que se ocupan en hacer estampas obscenas ó en dar espectáculos de la misma clase, en destruir la propiedad de otros, en falsificar documentos, en fabricar moneda falsa y en otras cosas reprobadas por la moral, trabajan, sí, pero lo hacen faltando á deberes imperiosos que á todos obligan y causando mal; y en semejantes casos, lejos de ser una virtud el trabajo, es un crimen y vale más no trabajar.

Los niños que se ocupan en estropear los cuadernos y libros de sus compañeros, pintando y escribiendo en ellos, así como en coger nidos, en pintar cosas deshonestas, en arrancar ramas de los árboles para hacer algo que les sirva de juego, etc., trabajan, pero al propio tiempo cometen faltas más ó menos graves y son más malos que buenos. Todavía son peores los que se dedican á trabajos de los indicados antes al hablar de los hombres.

Aun tratándose de trabajos lícitos, es preciso, para considerar al que los desempeña como bueno y virtuoso, que los ejecute con probidad y honradez,

es decir, que haga todo lo que debe hacer y como necesite hacerse, sin mermar el tiempo que deba consagrarles, ni adulterar las sustancias que deba emplear, ni hacer, en fin, nada que desnaturalice los productos ó que á costa de la bondad de éstos constituya un fraude para el comprador ó el que manda trabajar.

Todos los trabajos que son lícitos y se ejecutan con honradez son buenos, y, lejos de denigrar, enaltecen á quien los desempeña, por humildes que nos parezcan. El que cava la tierra, el que vende carne, el que hace zapatos, el que echa carbón á una máquina y el que recoge el estiércol con que el labrador abona los sembrados, son tan dignos de consideración y respeto, cuando honradamente proceden, como el alto funcionario que despacha los más arduos asuntos del Estado, el banquero que dirige sus negocios, el abogado que defiende pleitos y el artista que pinta cuadros ó escribe libros, por ejemplo. Por modesto y humilde que sea un oficio, nunca envilece á quien lo ejerce con honradez y conciencia, mientras que la profesión más encumbrada es denigrante si la persona que la desempeña no tiene probidad y emplea en ella malas artes.

Proceden, por lo tanto, ciega y torpemente los niños que menosprecian ó ridiculizan á los pobres trabajadores que con honradez buscan el sustento para sí y sus familias ejerciendo oficios que, por ser rudos y humildes, consideran muchos como denigrantes. Semejante erróneo proceder es hijo de una pueril y menguada preocupación que la sana moral y el buen sentido anatematizan de consuno. Lo que hay que hacer es enaltecer á todo el que trabaja en cosas lícitas y con honradez, pues quien tal hace cumple un deber impecioso y ejercita una virtud inapreciable.

No olviden mis queridos lectores que, según declara un antiguo proverbio, *quien trabaja pide*; por lo que el trabajo realizado en las condiciones dichas constituye una oración que tiene la virtualidad de las peticiones que no se fundan en meras palabras, sino que surgen de las buenas obras.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA



CATALUÑA ANTES DE CARLOMAGNO

Los primeros visigodos establecidos en Cataluña extendieron sus conquistas más lejos de los Pirineos, en toda la parte que se conocía entonces con el nombre de *Galia Narbonense*.

Cuando los francos se apoderaron de una gran parte de sus conquistas, lo que les quedó se llamó Septimania, á causa de las siete ciudades principales que había en esta comarca.

Cuando después ocurrió la invasión general de los árabes, los cristianos que huyeron á la parte oriental de los Pirineos pidieron protección á los reyes francos, y Pepino *el Breve*, adquiriendo el país que habían abandonado los godos, unió la Septimania á Francia.

Todo esto pasaba hacia el año 760.

En 778, Carlomagno hizo que la Septimania formara parte del reino de Aquitania, empezando á decirse desde entonces el país confinado entre España y Francia.

Entonces Carlomagno estableció las fronteras en todos sus estados para asegurar el imperio de toda invasión, creando al efecto gobernadores encargados de su defensa.

El emperador Ludovico Pio, habiéndose dilatado considerablemente la reunión de los pueblos, separó la Septimania del reino de Aquitania, haciendo de estas dos provincias un ducado, cuya capital fué Barcelona.

Carlos *el Calvo* dividió este ducado, el año 864, en dos condados, de los cuales el uno tuvo por capital la ciudad de Narbona y el otro la de Barcelona.

Desde esta época se han de contar los condes soberanos de esta capital, porque entonces no eran propietarios ni el derecho de herencia estaba establecido.

JUAN GUAU Y DURÁN



EL SABIO Y LA RIQUEZA

EL sol descendía á su ocaso y los tintes rosáceos de los vapores vespertinos flotaban en el horizonte. Un hombre ya de edad, de rostro demacrado y prematuramente envejecido, se apresuraba á avanzar lo más lejos posible por las largas avenidas de laureles que se perdían en intrincado laberinto, como si quisiese en su excursión huir de importunos testigos humanos y sólo ser visto por los astros refulgentes que iban á elevarse en el espacio.

Una figura de mujer, de gesto gracioso y fisonomía atractiva, alta, esbelta, atrevida en sus maneras, radiante de hermosura, ataviada con las más vistosas galas, irguiendo y moviendo la cabeza con impacientes y arrebatadores movimientos, dirigióse al caminante y le dijo:

—Hombre: ¿por qué te muestras tan afanoso y sobrellevas tan prolongadas vigiliias? ¿Es, acaso, porque te llamen sabio? Desecha tan vanas ilusio-



La vendimiadora

nes. Vente conmigo: serás poderoso y tendrás tesoros que has de poder locamente prodigar. Yo soy la Riqueza.

—No desvaríes,—dijo el sabio.—Tu poder es lo mejor que hay en el mundo para los ambiciosos, mas no para los que se encuentran bien con la

pobreza. Eres asaz cariñosa para mujer propia y harto exigente para manceba, y con mucha frecuencia te haces acompañar del vicio y del crimen.

—¿Qué esperas, pues, viejo soñador? ¿La gloria?

—No, desventurada, no. ¿Por qué te mofas de mí y me miras desdeñosamente? ¿Por qué naciste á la vida si no puedes volar libremente por las etéreas regiones del saber? ¡Ah, infeliz! ¡Triste destino el tuyo tener por siempre el error! Mas ¿á qué molestarse inútilmente? Había olvidado que estoy hablando con quien es incapaz de comprenderme.

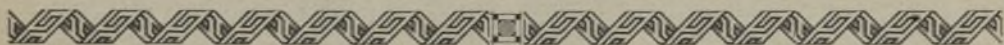
—Tal vez,—replicó la Riqueza, frunciendo el entrecejo.—A pesar de tus calenturientos delirios, quizás algún día demandes mi protección.

El sabio miróla con expresión de inefable ternura y le dijo:

—No te inquietes por mí, beldad encantadora: no ha menester mucho de la riqueza el que va precedido de la verdad, acompañado del estudio y seguido de la ciencia.

Prosiguió su ruta el anciano después de decir estas palabras y de saludar por última vez al mágico fantasma, y éste internóse resueltamente en los sombríos y lúgubres dominios de las tinieblas y de la muerte.

DIEGO LOSADA



§ NUESTROS GRABADOS §

¡Á VER SI PICAN!

Dijo una vez Alfonso Karr (¡el pobre está ya muy viejecito!) que una caña de pescar era instrumento que empezaba en un anzuelo y terminaba en un imbécil; pero eso no es verdad, antes bien el pescador de caña es el legítimo representante de la paciencia heroica, inquebrantable, á prueba de bomba, fortaleciendo mucho el temple del alma desde el instante en que exige la más absoluta impasibilidad ante los más insoportables desdenes de la fortuna. Todo pescador de caña se merece más que nadie que se le apliquen aquellos versos del *vate venusino*:

*Si fractus illabatur orbis
impavidum ferient ruinae.*

DAMA ANTIGUA

Reconozcamos que en lo antiguo, y, precisando más, en el siglo xvi, se vestía con mucha más elegancia y majestad que ahora: lo cierto es que los trajes que llevaban les sentaban muy bien á aquellas señoras, en prueba de lo cual las modistas de hoy tienen que copiarlos servilmente.

LA PACIENCIA DEL FUERTE

Cuidado si es pacienzudo el buen perrazo, dejando que esos insolentes micifufes le estén arañando, abusando ya de su magnanimidad. Pero en algo se han de conocer las almas grandes.

FAMILIA DE TIGRES

¡Vaya una familia, señores! ¡Dios me libre de hacerles ninguna visita, así, al aire libre! Y no entro en más particulares porque bien se habló de esos *felinos* en la *Historia Natural* del Dr. Roig y Monteverde.

LA VENDIMIADORA

Esta es la época en que aparecen por los viñedos las alegres cuadrillas de los vendimiadores, encargados de separar de la vid el sabroso fruto que ha de circular luego por el mundo entero convertido en vino. ¡Con qué ansia espera el cosechero la llegada del otoño para proceder á la vendimia! Y lo mismo la esperan el pintor y el dibujante á pesar de no ser cosecheros, pues los tipos de los vendimiadores son de los que más les encantan, salvo el permitirse alguna vez calumniar á las pobres trabajadoras pintándolas á manera de *bacantes*.

BUENA PESCA

Buena pesca y bien pescada, viéndose en *armonioso* grupo los sabrosos pescados y los artefactos piscatoriales y demás chirimbolos del noble arte de la pesca.

JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

Juanito estaba demasiado acostumbrado á obedecer á su madre, y sobre todo la veía demasiado irritada para responder una sola palabra en aquel momento: por pesados que estuviese de encontrarse totalmente separado de su hermanita, esperaba que se presentaría alguna ocasión más favorable para abogar por la causa de la culpable.

Al día siguiente por la mañana, Juanito, que se levantaba mucho más pronto que D.^a Emilia, vió á Rafaela en el jardín, porque desde su última desgracia la chiquilla no pasaba por allí sino en las horas en que su madre dormía aún y mientras Gertrudis arreglaba el cuarto. Apresuróse á reunirse con ella, y, apenas le hubo visto Rafaela, cuando en lugar de huir adelantóse hacia él y, cogiéndose de las manos en silencio, fuéronse para la glorieta ó cabañeta.

—¿Estás contenta de verme, hermanita?—dijo Juanito así que estuvieron sentados.

—Sí; y es una suerte que haya V. bajado al jardín tan temprano, porque mi criada va á venir por mí en seguida.

—¿Por qué me tratas de *usted*, Valentina? Ya ves que yo te hablo de otro modo.

—No sé por qué, pero me gusta mucho que me hables como me hablaba mamá Encarnación. ¡Oh! ¡Era muy buena mamá Encarnación!

—¿La querías mucho?

—Y la quiero aún; pero está en el cielo, y ya no volverá más. Y cuando pienso en esto, lloro.

—Piensa mejor que siempre estaremos juntos,—dijo Juanito abrazándola.

—Yo bien lo quisiera, pero...

—Dime ahora,—interrumpió él;—¿por qué no quieres aprender á leer?

—No, no quiero.

—Pero ¿por qué?

—Porque sería darles por el gusto á aquella señora y á Rosario, y yo no quiero darles ese gusto.

Por más que el mocito no tuviese sino tres años y medio más que su hermana, sus relaciones diarias con los camaradas y con los profesores, juntamente con el desarrollo de talento que produce el estudio, le hacían muy superior á Rafaela en punto á inteligencia. Testigo de la manera como era tratada su hermana en la casa, ni el afecto ni el respeto que tenía por su madre eran bastantes á que le echase todas las culpas á la chiquilla. No podía ver en Rafaela sino á una pobre niña agriada y asustada por la acogida que se le había hecho, puesto que se mostraba tan dulce y cariñosa para con Gertrudis, para con él mismo y, en una palabra, para con todos los que parecían quererla. Sin embargo, antes de que Rafaela consiguiese alcanzar la ternura de D.^a Emilia, era menester que obtuviese

su perdón por una obediencia á la cual no parecía muy dispuesta; y, en su deseo de hacerla ceder, Juanito imaginó emplear un medio bastante hábil.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA



Buena pesca